

## EL MENSAJE

---

AL SEÑOR MARQUÉS DÁMASO PARETO

---

Siempre he tenido deseos de contar una historia sencilla y verdadera, cuyo relato llenase de espanto á un joven y á su querida, haciéndoles refugiarse mutuamente en sus respectivos corazones, cual niños que se estrechan al encontrar una serpiente en la orilla de un bosque. Arriesgándome á disminuir el interés de mi narración ó á pasar por un fatuo, empiezo por anunciaros el objeto de ésta. Yo desempeñé un papel en este drama casi vulgar: si no os resulta interesante, tendré, por lo menos, tanta culpa como la verdad histórica. Muchas cosas verdaderas resultan soberanamente aburridas. Por eso, la mitad del talento consiste en escoger entre lo verdadero aquello que puede llegar á ser poético.

En 1819 iba yo de París á Moulins. El estado de mi bolsillo me obligaba á viajar en el cupé de la diligencia. Ya sabéis que los ingleses consideran como los mejores los asientos situados en esta parte aérea del coche. Durante las primeras leguas de camino encontré mil excelentes razones, que justificaban la opinión de nuestros vecinos. Un joven, que me pareció que era un poco más rico que yo, subió, por gusto, á sentarse á mi lado, y acogió mis argumentos con sonrisas inofensivas. Una cierta conformidad de edad y de ideas, nuestro mutuo amor por el aire libre y por los ricos paisajes que descubrimos á medida que el pesado coche avanzaba, y, por otra parte, una cierta magnética é inexplic-

cable atracción, hicieron nacer á poco en nosotros esa especie de intimidad momentánea, á la que los viajeros se entregan con tanta más complacencia por cuanto que ese efímero sentimiento parecía que tenía que cesar pronto sin establecer entre nosotros compromiso ni lazo alguno para el porvenir. Aun no habíamos andado treinta leguas cuando ya hablábamos de mujeres y de amor. Con todas las precauciones oratorias exigidas en semejante caso, se trató como es natural de nuestras queridas. Jóvenes ambos, no nos dedicábamos aún más que á la *mujer de cierta edad*, es decir, á la mujer que se encuentra entre los treinta y cinco y los cuarenta años. ¡Oh! ¡si un poeta nos hubiera escuchado desde Montargis ó no sé qué relevo, hubiera recogido expresiones muy picarescas, arrebatadores retratos y muy gratas confidencias! Nuestros temores púdicos, nuestras silenciosas interjecciones y nuestras vergonzosas miradas tenían una elocuencia, cuyo sencillo encanto no he vuelto á encontrar ya nunca. Sin duda, es preciso permanecer siendo joven para comprender la juventud. Nosotros nos entendimos á las mil maravillas sobre todos los puntos esenciales de la pasión, y, en primer lugar, empezamos por dejar sentado que no había nada más estúpido en el mundo que una acta de nacimiento; que muchas mujeres de cuarenta años eran más jóvenes que algunas de veinte, y que, en definitiva, las mujeres no tienen nunca más edad que la que representan. Este sistema no ponía límites al amor, y nosotros nadábamos de buena fe en un océano ilimitado. Por fin, después de haber hecho á nuestras queridas, jóvenes, encantadoras, fieles, condesas, llenas de gusto, graciosas, finas; después de haberles atribuido unos pies bonitos, un cutis satinado y hasta ligeramente perfumado, confesamos, el que la *señora tal* tenía treinta y ocho años, y yo, por mi parte, que adoraba á una cuadragenaria. Acto continuo, libres ambos de una especie de vago temor, reanudamos nuestras confidencias con más franqueza al ver que éramos colegas en amor, y empezamos por indagar quién de los dos sería capaz de demostrar más pasión. Uno había hecho una vez doscientas leguas, para ver á su querida una hora. Otro se había arriesgado á saltar una tapia de un parque y á recibir un tiro, para acudir á una cita nocturna. En una palabra, que nos contamos todas nuestras locuras. Si se encuentra siempre un placer en recordar los peligros pasados, ¿no es también delicioso el recordar los pla-

ceres extinguidos? ¿no es esto gozar dos veces? Los peligros, las dichas grandes y las pequeñas, nos lo decíamos todo, hasta las bromas. La condesa de mi amigo había fumado un cigarro por darle gusto; la mía me hacía el chocolate y no pasaba día sin escribirme ó verme; la suya, á riesgo de perderse, había ido á vivir tres días á su casa; la mía había hecho cosas mejores, ó, mejor dicho, peores. Por lo demás, sus maridos adoraban á nuestras condesas y vivían esclavos del encanto que poseen todas las mujeres anantes, y, más estúpidos que lo que suelen serlo de ordinario, no nos causaban más miedo que el necesario para aumentar nuestros placeres. ¡Oh! ¡cuán velozmente se llevaba el viento nuestras palabras y nuestras francas carcajadas!

Cuando llegamos á Pouilly, examiné atentamente la figura de mi nuevo amigo, y no me costó gran trabajo creer que fuese apasionadamente amado. Figuraos á un joven de mediana estatura, pero muy bien proporcionado y con un rostro alegre y expresivo, de cabellos negros y ojos azules, de labios un tanto rosados, de dientes blancos y perfectamente alineados, de facciones bañadas por graciosa palidez, y ojoroso, cual si estuviese convaleciente. Añadid á esto, que tenía unas manos blancas bien modeladas, y cuidadas como las de una mujer bonita, que parecía muy instruído y que era gracioso, y no os costará gran trabajo el concederme que mi compañero podía hacer honor á una condesa. Para terminar, os diré que más de una joven lo hubiese deseado por marido, pues era vizconde y poseía de doce á quince mil francos de renta, *sin contar las esperanzas*.

A una legua de Pouilly, la diligencia volcó. Mi desgraciado compañero creyó bueno para su salvación el lanzarse al borde de un campo recientemente labrado, en lugar de seguir el movimiento del coche y agarrarse á la banqueta, como hice yo. No sé si midió mal el salto, ó si resbaló; pero es lo cierto que, habiendo caído debajo del coche, fué aplastado por éste. Lo trasladamos á casa de un aldeano. A pesar de los gemidos que le arrancaban los atroces dolores que sufría, pudo confiarme una de esas comisiones á las que la última voluntad de un moribundo da siempre un carácter sagrado. En medio de su agonía, con ese candor de que es una víctima á esa edad, el pobre muchacho se lamentaba de la pena que iba á tener su querida si llegaba á saber bruscamente su muerte por algún periódico, y me rogó que fuese

en persona á anunciársela. Después me mandó que tomase una llave que llevaba suspendida del cuello por una cinta, llave que encontré incrustada en su pecho y que saqué de la herida con la mayor delicadeza posible, sin que el moribundo profiriese la menor queja. En el momento en que me daba todas las instrucciones necesarias para que buscase en su casa, situada en la Charité-sur-Loire, las cartas de amor que su querida le había escrito, cartas que me conjuró que devolviese, perdió la palabra en medio de una frase; pero su último gesto me hizo comprender que la fatal llave sería para su madre una prueba de mi misión. Afligido porque no podía formular una sola palabra de gracias, pues no dudaba de mi celo, me miró con ojos suplicantes durante un instante, me dijo adiós saludándome con un movimiento de pestañas, y luego inclinó la cabeza y murió. Su muerte fué el único accidente funesto que causó el vuelco.

—Alguna culpa tuvo él también— me decía después el conductor.

En la Charité cumplí el testamento verbal de aquel pobre viajero. Su madre estaba ausente, lo cual no dejó de ser una suerte para mí. Sin embargo, tuve que calmar el dolor de una antigua criada, la cual vaciló cuando le conté la muerte de su joven amo, y cayó medio muerta sobre una silla al ver aquella llave teñida aún en sangre; pero como estaba muy preocupado con la espera de presenciar un sufrimiento mayor, el de una mujer á la que la suerte privaba de su último amor, dejé que la anciana mujer siguiese el curso de sus prosopopeyas y me llevé la preciosa correspondencia, cuidadosamente escondida por mi amigo de un día.

El palacio en que vivía la condesa se encontraba á ocho leguas de Moulins, y para llegar á él aun era preciso andar algunas más por sus tierras; de modo que me era bastante difícil cumplir el mensaje recibido. Por una serie de circunstancias que no son del caso explicar, no llevaba más que el dinero necesario para llegar á Moulins. Sin embargo, con el entusiasmo propio de la juventud, resolví ir á pie y hacerlo con rapidez bastante para anticiparme á la velocidad de las malas noticias, que tan pronto se reciben siempre. Pregunté, pues, cuál era el camino más corto, y tomé el que me indicaron, ó sea los senderos del Bourbonnais, llevando, por decirlo así, una muerte sobre mis hombros. A medida que avanzaba hacia el palacio de Montpersán, me asustaba más y más

de la extraña peregrinación que había emprendido. Mi imaginación inventaba mil novelescas fantasías. Me representaba todas las situaciones en que podía encontrar á la señora condesa de Montpersán, ó, para obedecer mejor á la poética de las novelas, á la *Julietta* tan amada por el viajero. Forjaba respuestas ingeniosas, para las preguntas que suponía que me había de hacer. En cada vuelta del bosque, en cada tortuoso sendero, se repetía la escena de Sosía y de su linterna, á la que aquélla daba cuenta de la batalla. Para vergüenza de mi corazón, diré que, en un principio, no pensé más que en mi porte, en mi gracia, en la habilidad que debía desplegar; pero cuando me aproximaba ya al palacio, pasó por mi mente una reflexión, como rayo que atraviesa y desgarrá el velo formado por grisáceas nubes. ¡Qué terrible noticia para una mujer que, ocupada en aquel momento de su joven amigo, esperaba de un momento á otro indescriptibles goces, después de haber tomado mil penosas precauciones para llevarle legalmente á su casa! En fin, ¿qué hacer? ¡Aun habla algo de caridad, aunque cruel, en ser el mensajero de su muerte! Así es que apresuraba el paso, llenándome de barro á lo largo de los caminos del Bourbonnais, y prontó llegué á una gran avenida de castaños, en cuyo extremo se dibujaron en el cielo, cual nubes negras de contornos claros y fantásticos, las masas del palacio de Montpersán. Cuando llegué á la puerta de éste, lo encontré todo abierto, destruyendo á la circunstancia todos mis planes é hipótesis. No obstante, entré atrevidamente, y no tardaron en salirme al encuentro dos perros que ladraban como verdaderos perros de aldea. Al oír este ruido, acudió una criadota, y cuando le hube dicho que deseaba hablar á la señora condesa, me mostró con la mano la espesura de un parque á la inglesa, que serpenteaba en torno del palacio, y me respondió:

—La señora está por ahí...

—¡Gracias!—le contesté con ironía.

Su *por ahí* podía hacerme errar dos horas por el parque.

En esta actitud estaba, cuando se presentó una hermosa niña de cabellos rizados, con una batita blanca, un cinturón color rosa y una pelerina de pliegues, la cual niña, al verme, y como hubiese oído ó adivinado mis deseos, desapareció gritando con voz angelical:

—Mamá, aquí hay un señor que quiere hablarle.

Yo seguí, á través de las vueltas y revueltas del paseo, los

saltos y los botes de la pelerina, que, semejante á un fuego fatuo, me iba mostrando el camino que seguía la niña.

Si he de confesarlo todo, diré que en el último matorral de la avenida me había enderezado el cuello de la camisa y cepillado mi usado sombrero con los faldones de la levita, ésta con las mangas y las mangas una con otra; después me había abrochado cuidadosamente, me había desdoblado la parte baja del pantalón, y había frotado artísticamente las botas contra la hierba. Gracias á esta limpieza de gascón, esperaba no ser tomado por el peatón del subprefecto; pero, cuando hoy me acuerdo de aquella hora de mi juventud, me río á veces de mí mismo.

De pronto, en el momento en que componía mi actitud, á la vuelta de una verde sinuosidad, en medio de mil flores iluminadas por un rayo de sol, vi á Julieta y á su marido. La hermosa niña que me había anunciado llevaba á su madre de la mano, y era fácil ver que la condesa había apresurado el paso al oír la ambigua frase de su hija. Sorprendida al ver á un desconocido que la saludaba con aire bastante azorado, se detuvo, me puso una cara friamente cortés y me hizo una adorable mueca que denotaba que sus esperanzas habían sido frustradas. Intenté, en vano, articular alguna de las galantes frases que tan laboriosamente, había preparado, y mientras duró mi momento de duda, el marido se presentó. Millares de ideas cruzaron entonces mi cerebro. Por decir algo, pronuncié algunas palabras insignificantes, encaminadas á cerciorarme de si las personas presentes eran, en realidad, los señores condes de Montpersán. Estas vulgaridades me permitieron juzgar con una ojeada, y analizar, con rara perspicacia para la edad que tenía, á los dos esposos cuya soledad iba á ser tan violentamente turbada. El marido parecía ser el tipo de los nobles que son hoy el adorno más hermoso de provincias. Llevaba toscos zapatos de gruesas suelas, á los cuales colocho en primera línea porque me llamaron la atención más que su negra y raída levita, su pantalón usado, su corbata arrugada y su cuello de la camisa abarquillado. Había en aquel hombre algo del magistrado, mucho del consejero de prefectura, toda la importancia de un alcalde de barrio al que nada se resiste, y la acritud de un candidato elegible derrotado periódicamente desde 1816; velase en él una increíble mezcla de buen sentido rústico y de estupidez; carencia absoluta de modales, imbuído por la altivez que da el

dinero; mucha sumisión á su mujer, á pesar de que creía ser el amo y de que estaba dispuesto á imponerse en cosas insignificantes, pero no en las de verdadera importancia. Por lo demás, un rostro marchito, estragado y lleno de arrugas, algunos cabellos grises, largos y lacios, y nada más. ¡Pero la condesa! ¡ah! ¡qué vivo contraste ofrecía al lado de su marido! Era una mujercita de talle flexible y gracioso y de una apostura encantadora, tan delicada, que hubieseis temido romperle los huesos con sólo tocarla. Llevaba una bata de muselina blanca, un cinturón color rosa, un bonito gorro con cintas encarnadas y un camisolín que llenaban tan deliciosamente sus hombros y sus hermosos contornos, que al verlos nacía en el fondo del corazón un irresistible deseo de poseerlos. Sus ojos eran vivarachos, negros y expresivos, sus movimientos graciosos y su pie encantador. Respiraba tanta juventud su frente y los más insignificantes detalles de su rostro, que nadie le hubiese echado más de treinta años. Respecto de su carácter, me pareció que participaba á la vez del de la condesa de Lignolles y del de la marquesa de B..., tipos éstos de mujer, que no se borran nunca de la memoria de un joven que haya leído la novela de Louvet. Comprendí en seguida los secretos de aquel matrimonio, y tomé una resolución diplomática digna de un viejo embajador. Aquella fué, sin duda, la única vez de mi vida que tuve tacto y que comprendí en qué consistía la maña de los cortesanos ó de la gente de mundo.

De entonces acá, tuve que librar bastantes batallas en la vida, para no analizar todos los actos de mi vida y para no hacer nada que no estuviese de acuerdo con la etiqueta y el buen tono que hacen enmudecer á las más generosas emociones.

—Señor conde, quisiera hablar á usted aparte—dije con aire misterioso, dando algunos pasos atrás.

El conde me siguió, y Julieta nos dejó solos y se alejó negligentemente, como mujer que está segura de conocer los secretos de su marido en el momento en que desee saberlos. Conté con brevedad al conde la muerte de mi compañero de viaje. El efecto que esta nueva le produjo me probó que sentía un vivo cariño por su joven colaborador, y este descubrimiento me dió ánimos para dar el siguiente giro al diálogo que se entabló entre nosotros:

—Mi mujer se va á desesperar, y me verá obligado á tomar

muchas precauciones para darle cuenta de ese desgraciado acontecimiento.

—Señor mío—le dije,—dirigiéndome á usted, ante todo he cumplido con un deber, pues no me parecía correcto dirigirme á la señora condesa, siendo para ella un desconocido, para confiarle un especie de *fideicomiso*, un secreto del que no puedo disponer, que el muerto me ha confiado á su vez. Por la elevada opinión que he formado de su carácter, colijo que no se opondrá usted á que yo cumpla la última voluntad de un moribundo. La señora condesa queda después en libertad para romper el silencio que á mí me ha sido impuesto.

Al oír el elogio que de él hacía, el hidalgo movió la cabeza con satisfacción, me respondió haciéndome un cumplido, y me dejó el campo libre. En aquel momento, la campana tocaba á comer y yo fui invitado. Al vernos graves y silenciosos, Julieta nos examinó furtivamente. Sorprendida al ver que su marido pretextaba un frívolo motivo para procurarnos una conferencia, se detuvo, dirigiéndome una de esas miradas que sólo saben dirigir las mujeres, una de esas miradas, que encerraba toda la curiosidad que puede permitirse una dueña de casa que recibe á un extraño, caído en su hogar como de las nubes, todas las interrogaciones que merecían mi porte, mi juventud y mi fisonomía (singulares contrastes!) y todo el desprecio de una querida idolatrada á cuyos ojos todos los hombres, excepción hecha de uno, no son nada: había en aquellos ojos temores involuntarios, miedo, y el fastidio de tener un huésped inesperado, cuando esperaba, sin duda, procurar á su amor todas las felicidades de la soledad. Comprendí aquella muda elocuencia y respondí á ella con una sonrisa llena de piedad y de compasión. Después contemplé, durante un instante, á la condesa, en todo el brillo de su belleza, en medio de un cielo sereno y de un estrecho paseo de árboles y flores, y no pude contener un suspiro.

—¡Ay de mí! señora, acabo de hacer un penoso viaje cuyo objeto único... es usted.

—¡Caballero!—me dijo.

—¡Oh!—repuse—vengo en nombre de aquel que la llama á usted Julieta—la condesa se puso pálida,—al cual no podrá usted ver hoy.

—¿Está enfermo?—dijo en voz baja.

—Sí—le respondí.—Pero, por favor, no se asuste usted. Traigo encargo de él de confiarle algunos secretos que con-

ciernen á usted, y puede creerme que jamás mensajero alguno será más discreto ni más fiel.

—¿Qué hay?

—¿Si él no la amase á usted ya?

—¡Oh! jeso es imposible!—exclamó, dibujando en sus labios una franca sonrisa.

De pronto sufrió una especie de escalofrío, me dirigió una mirada de espanto, se puso roja como la grana y me dijo:

—¿Está vivo?

¡Gran Dios! ¡qué terrible pregunta! Era yo demasiado joven para resistirla; así es que no respondí y miré á aquella desgraciada mujer con aire atontado.

—¡Caballero! ¡caballero! ¡una respuesta!—exclamó.

—Sí, señora.

—¿De veras? ¡Oh! ¡dígame la verdad, pues tengo valor para sufrirlo todo! Hable usted. Cualquier dolor será menos agudo que el que me causa la duda.

Respondí con dos lágrimas que me arrancó el extraño acento con que fueron pronunciadas estas palabras.

La condesa se apoyó en un árbol, lanzando un débil grito.

—Señora—le dije,—aquí está su marido.

—¿Es que tengo acaso marido?

Y dicho esto, echó á correr y desapareció de nuestra presencia.

—Caballero, venga usted, que se enfría la comida—me dijo el conde.

Acto continuo seguí al dueño de la casa que me condujo á un comedor donde vi una comida servida con todo el lujo de las mesas parisienses. Había cinco cubiertos: los de los dos esposos y el de la niña; el mío, que debía ser el *suyo*, y el de un canónigo de Saint-Denis, el cual, una vez que bendijo la mesa, preguntó:

—Pero ¿dónde está nuestra querida condesa?

—¡Oh! ahora vendrá—respondió el conde, el cual, después de habernos servido la sopa, se puso para sí un gran plato y lo despachó en un santiamén.

—¡Oh! ¡sobrino mío!—exclamó el canónigo—si su mujer estuviese presente, sería usted más razonable.

—Papá se va á poner enfermo—dijo la niña.

Un instante después de este singular episodio gastronómico y en el momento en que el conde trinchaba no sé qué pieza de caza, entró una camarera diciendo:

—Señor, no encontramos por ningún sitio á la señora.

Al oír estas palabras, me levanté bruscamente, temiendo alguna nueva desgracia, y mi fisonomía expresó tan vivamente mis temores, que el anciano canónigo me siguió al jardín. El marido se llegó, por cumplido, hasta el umbral de la puerta y nos dijo:

—¡No se muevan! ¡no se muevan! ¡no teman que ocurra nada!

Pero no nos acompañó. El canónigo, la camarera y yo recorrimos los senderos y rincones del parque, llamando y escuchando, y tanto más llenos de inquietud, por cuanto que les anuncié la muerte del joven vizconde. Al mismo tiempo que comía les conté los detalles de aquel fatal suceso, y vi que la camarera era extraordinariamente adicta á su ama, toda vez que comprendió mejor que el canónigo mi secreto terror. Visitamos los estanques y lo registramos todo, sin poder encontrar á la condesa y sin ver la menor huella de su paso. Por fin, al dar la vuelta á una pared, oí gemidos sordos y profundamente ahogados, que parecían salir de una especie de hórreo. Sin fijarme en más nada, entré en él, y allí descubrimos á Julieta, que, movida por la desesperación, se había sepultado en el heno, escondiendo entre él la cabeza, á fin de apagar el ruido de sus sordos gritos y obedeciendo, sin duda, á un invencible pudor; allí sollozaba y lloraba como un niño, si bien su llanto y sollozos eran más penetrantes y lastimosos que los de los niños. Ya no había nada en el mundo para ella. La criada que nos seguía irguió á su ama, que no hizo oposición ninguna, dejándose llevar, con la débil indiferencia del animal moribundo. Aquella muchacha no sabía decir más que:

—Vamos, señorita, vamos...

El anciano canónigo preguntaba:

—Pero ¿qué tiene? ¿qué tiene usted, sobrina?

Por fin, ayudado por la criada, transporté á Julieta á su cuarto; recomendé eficazmente que velasen por ella y que dijese á todo el mundo que la condesa tenía jaqueca. Después, el canónigo y yo volvimos á bajar al comedor. Hacía ya algún tiempo que nos habíamos separado del conde, y yo no pensé en él hasta el momento en que me encontré bajo el peristilo. Su indiferencia me asombró; pero mi asombro fué mayor cuando le encontré filosóficamente sentado á la mesa: se había engullido casi toda la comida, con gran placer de su

hija, que sonreía al ver á su padre en flagrante delito de desobediencia á las órdenes de la condesa. La singular indiferencia de este marido me fué explicada por el ligero altercado que se promovió de pronto entre el canónigo y él. El conde estaba sometido á una dieta severa que los médicos le habían impuesto para curarle de una enfermedad cuyo nombre no recuerdo ahora, y, llevado de esa glotonería feroz tan frecuente en los convalecientes, el apetito de la bestia pudo en él más que todas las sensibilidades del hombre. En un momento, vi allí la naturaleza en toda su verdad, bajo dos aspectos muy diferentes que ponían lo cómico en el seno del más horrible dolor. La velada fué triste. Yo estaba muy cansado; el canónigo empleaba toda su inteligencia en adivinar la causa del llanto de su sobrina, y el marido digería silenciosamente, después de haberse contentado con una explicación bastante vaga, que la condesa le dió, por su camarera, de su malestar, el cual creo que fué achacado á las indisposiciones naturales de la mujer. Todos nos acostamos muy temprano. Cuando pasaba por delante del cuarto de la condesa para ir al mío, pregunté tímidamente por su estado. Al reconocer mi voz, me hizo entrar y quiso hablarme; pero, como no pudiese articular palabra, inclinó la cabeza y yo me retiré. A pesar de las crueles emociones que acababa de experimentar con toda la buena fe de mis pocos años, dormí abrumado por el cansancio de una marcha forzada. A una hora avanzada de la noche fuí despertado por el ruido que produjeron las anillas de mis cortinas, violentamente descorridas, y vi á la condesa sentada al pie de mi cama. Su rostro recibía de lleno la luz de un quinqué colocado sobre la mesilla.

—Caballero, ¿de modo que es positiva esa desgracia?— me preguntó.—No sé cómo puedo vivir después del horrible golpe que acabo de recibir; pero en este momento me siento tranquila. Quiero saberlo todo.

—¡Vaya una tranquilidad!— me dije para mis adentros al ver la espantosa palidez de su rostro, que contrastaba con el color moreno de sus cabellos, y al oír los sonidos guturales de su voz, quedando estupefacto de los estragos de que daban prueba sus alteradas facciones.

La condesa estaba ya descolorida, como una hoja despojada de sus últimos tintes por los aires del otoño. Sus ojos, encendidos é hinchados, desprovistos de todas sus bellezas, no reflejaban más que amargura y profundo dolor. Hubieseis

dicho que era una nube oscura aquello que unas horas antes parecía un sol.

Le repetí sencillamente, pasando por alto ciertos detalles que hubiesen sido demasiado dolorosos para ella, el repentino accidente que la había privado de su amigo. Le conté la primera parte de nuestro viaje, tan llena de recuerdos de su amor. No lloró, escuchaba con avidez, con la cabeza inclinada hacia mí. Aprovechando un momento en que me pareció que había abierto su corazón para los sufrimientos y en que quería sumirse en su desgracia con todo el ardor que procura la primera fiebre de la desesperación, la hablé de los temores que agitaron al pobre moribundo y le dije cómo y por qué me había encargado de aquel fatal mensaje. Entonces, sus ojos se secaron con el sombrío fuego que brotaba de las regiones más profundas de su alma, y palideció aun más. Cuando le entregué las cartas, que guardaba bajo mi almohada, las tomó maquinalmente, se estremeció y me dijo con ronca voz:

—¡Y yo que he quemado las tuyas! ¡No me queda nada de él! ¡nada! ¡nada!

Y se golpeó con fuerza la frente.

—Señora—le dije,—yo he cortado de su cabeza un mechón de cabellos que traigo aquí.

Y le presenté aquel último é incorruptible despojo de aquel á quien ella amaba. ¡Ah! ¡si hubieseis sentido como yo las ardientes lágrimas que cayeron entonces en mis manos, sabrías lo que es el agradecimiento cuando se manifiesta á raíz del beneficio! Me estrechó las manos, y con ojos candentes por la fiebre, que reflejaban su débil consuelo á través de horribles sufrimientos, me dijo con ahogada voz:

—¡Ah! ¡usted ama! ¡Sea usted feliz, y ojalá que no pierda nunca al ser querido!

Y dichas estas palabras, huyó con su tesoro.

Al día siguiente, aquella escena nocturna, confundida con mis sueños, me pareció una ficción. Para convencerme de la dolorosa verdad, fué preciso que buscara las cartas debajo de mi almohada y que viese que ya no estaban. Creo inútil contaros los acontecimientos del día siguiente. Permanecí aún algunas horas con la Julieta que tanto me había alabado mi compañero de viaje. Las menores palabras, los gestos, las acciones de aquella mujer, me probaron la nobleza de su alma y la delicadeza de sus sentimientos, que hacían de ella

una de esas criaturas nacidas para el amor y la abnegación y que tan escasamente se encuentran en la tierra. Por la tarde, el conde de Montpersán me acompañó en persona hasta Moulins, y al llegar á este punto me dijo con una especie de azoramiento:

—Caballero, si no fué abusar de su amabilidad y obrar indiscretamente con un desconocido al que debemos ya favores, le rogaría que tuviese la bondad de entregar, en París, en casa de don... (he olvidado el nombre), calle del Sen-dero, una suma que le debo, y que me ha rogado le remitiese cuanto antes.

—Con muchísimo gusto—le contesté.

Y llevado de mi inocencia, tomé un rollo de vinticinco luises, que me sirvió para volver á París, y que entregué fielmente al corresponsal ó supuesto acreedor del señor de Montpersán.

Sólo en París, cuando llevé la suma á la casa indicada, comprendí la ingeniosa astucia que Julieta había empleado para prestarme dinero. La manera como lo hizo y la discreción que guardó respecto á una pobreza fácil de adivinar, ¿no revelan el genio de una mujer amante?

¡Qué delicia haber podido contar esta aventura á una mujer que, temerosa, os ha estrechado, diciéndoos:

—¡Oh! ¡querido mío! ¡no vaya á pasarte á ti lo mismo!

París, enero 1832.